

ARTÍCULO DE OPINIÓN

UNA REFLEXIÓN DEL LIBRO DE JAVIER CERCAS “EL LOCO DE DIOS EN EL FIN DEL MUNDO”. EL EXPERIMENTO MENTAL DE LA MÁQUINA DE DIOS

Antonio Estella de Noriega

Académico Correspondiente de la Sección de Derecho de la Real Academia de Doctores de España
noriegas@der-pu.uc3m.es

1

Reflexionar sobre la idea de la existencia de Dios vuelve a estar de moda, como lo atestigua el éxito que están teniendo publicaciones recientes sobre esta temática. Por ejemplo, en “Dios, la ciencia, las pruebas” (2021), dos ingenieros y emprendedores franceses, Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies, juntan a un grupo de expertos científicos, con el objeto de realizar una reflexión sobre las pruebas que la ciencia aporta en relación con el problema de la existencia de Dios. El resultado de estas conversaciones es el libro de Bolloré y Bonnassies, que se ha convertido en un verdadero best-seller, con más de 250.000 ejemplares vendidos hasta la fecha. El libro incluso incluye un prólogo del premio nobel de física de 1978, Robert Wilson (cuyo respaldo de las principales conclusiones de la obra es solamente relativo y muy matizado, todo sea dicho de paso); su argumento principal es que la ciencia, antes que refutar la existencia de Dios, confirmaría la misma.

En esta misma dirección se encuentra el libro de Stephen C. Meyer, “The Return of the God Hypothesis” (2021). Meyer es un filósofo de la ciencia con un doctorado en esta disciplina por la Universidad de Cambridge, y actual director del Discovery Institute, un centro de investigación americano dedicado a promover estudios (“científicos”, dice su página web) sobre la existencia de un diseño inteligente. En el libro que menciono, Meyer ofrece datos que, de acuerdo con el autor, apoyarían no solamente la existencia de un diseñador inteligente del Universo, sino, más concreta y específicamente, de un creador teísta¹.

Por su parte, el filósofo surcoreano, Byung Chul-Han, recientemente premiado con el galardón Princesa de Asturias, acaba de publicar, en Octubre de 2025, su libro “Sobre Dios: pensar con Simone Weil” (2025). Es interesante observar, por lo que diremos más adelante sobre la “máquina de Dios”, cómo Byung plantea la cuestión: “la crisis de la religión en

¹ Una síntesis de su argumento se puede examinar en esta conferencia que Meyer dicta en la Universidad de Cambridge, su alma mater: <https://youtu.be/K0qbigRMqW8?si=jFzO73-l7V0GdfZs>

nuestras sociedades es una manifestación del declive de la atención; no es que Dios haya muerto; es que ha muerto el ser humano al que Dios se revelaba”. En el libro, se habla mucho más del ser humano, por tanto, que del propio Dios.

En una dirección oblicua, pero tocante con el tema objeto de nuestra recensión, es interesante traer a colación la que será probablemente la última gran obra del pensador y filósofo vivo más importante de nuestro tiempo, Jürgen Habermas. En sus dos tomos sobre “Una Historia de la Filosofía” (2023), publicados en español por la editorial Trotta, en una excelente edición de la obra, el filósofo alemán traza un paralelismo entre el origen de la filosofía y el origen de la religión, para luego ir mostrando cómo, con el paso del tiempo, la filosofía se ha ido desconectando poco a poco de la religión y de la teología, y los problemas de fundamentación, validez, y en definitiva de propósito, que para la filosofía ha supuesto esta emancipación. Es imposible no plantearse la idea de la existencia de Dios, y hasta qué punto dicha idea ha influido en las corrientes filosóficas que han llegado hasta nosotros en la actualidad, al leer las páginas de esta monumental obra.

Hay por tanto que enmarcar y contextualizar la obra de Javier Cercas, “El loco de Dios en el fin del mundo” (2025), en este nuevo furor que el mundo intelectual está experimentando en la actualidad por la idea de la existencia de Dios². En esta reflexión voy a hablar del contenido de la obra de Cercas, para pasar a hablar, en segundo lugar, sobre el verdadero problema que plantea esta obra, que no es otro que el de la idea de la existencia de Dios. Ofreceré una determinada explicación sobre el porqué de esta preocupación humana por la figura de Dios y de su existencia, constante a lo largo de la historia, y reactivada, como vemos, en fechas recientes.

2

El libro empieza con una trampa, con una treta. La argucia está relacionada con la idea de la resurrección, una idea “tremendamente potente y revolucionaria”, según Cercas. Según cuenta el autor, los padres de Javier Cercas tuvieron una relación de amor excelente y apasionada, que se frustró con la muerte, tras 52 años de convivencia marital, del padre de Cercas. La madre afianzó su temprana religiosidad con la esperanza de la resurrección: “cuando muera, volveré a ver a mi marido”. Sin embargo, es evidente que la promesa de la resurrección es tan salvajemente radical, como dice Cercas en su libro, que plantea, incluso a

² Diego Garrocho, desde una perspectiva periodística, se hace eco de este “giro” al que me refiero en estas páginas, en su artículo “El giro católico”, publicado en El País, el 27 de Octubre de 2025. Si bien refiere este renovado interés por la religión y por tanto por la idea de Dios fundamentalmente al catolicismo, creo que el fenómeno es mucho más amplio y generalizado, y no queda limitado solamente a un culto religioso concreto. Aquí el link a su artículo: <https://elpais.com/opinion/2025-10-27/el-giro-catolico.html>. No entro en estas páginas en la cuestión de los vínculos de este giro con la ola de conservadurismo que asola al planeta, puesto que esta es una cuestión adicional que queda fuera del objeto de este ensayo, aunque muy probablemente ambos aspectos estén estrechamente relacionados.

creyentes verdaderos, como la madre de Cercas, alguna que otra duda. ¿Será cierta la promesa de la resurrección de los muertos? ¿Será cierto que me volveré a reencontrar con mi marido?

Siempre me ha fascinado esa *capacidad pragmática* que tienen algunas religiones, en este caso, el cristianismo. Personalmente creo que la tracción que ha tenido esta religión a lo largo de los siglos está anclada precisamente en esa capacidad pragmática, en la oferta de cosas concretas que la misma ha realizado, sigue realizando. Y una de esas ofertas concretas ha sido precisamente la idea de la resurrección. Fíjense en que, en ese sentido, el cristianismo es más potente que otros rivales filosóficos o religiosos, como pueda ser el budismo, tan de moda en estos momentos. El budismo habla de reencarnación, más que de resurrección. Y en la rueda de la reencarnación, una persona se puede reencarnar en cualquier otra persona o animal: “¿cucarachas incluidas?”-fue mi pregunta cuando en un reciente y fascinante viaje a la India me explicaban las complejidades de esta filosofía-religión. Pues sí, cucarachas incluidas: depende de cual haya sido la trayectoria de cada uno en su vida anterior. No quiero entrar en la cuestión de si las cucarachas tienen o no volición, y pueden ajustarse al código de valores que propugna el budismo, porque ello nos hace adentrarnos en una dimensión que es completamente diferente, y mucho más compleja, que las dimensiones en las que estamos acostumbrados a pensar, al menos en mi caso³.

Vuelvo a la capacidad pragmática del cristianismo. En efecto, yo creo, como Cercas, que la promesa de la resurrección es el principal tractor del cristianismo, uno de ellos al menos. No nos reencarnamos, no: directamente, nuestro cuerpo resucita uniéndose a nuestro espíritu⁴. Y como resucitan también los de los demás, entonces la posibilidad de volvernos a re-encontrar con nuestros seres queridos se nos antoja como una verdadera no ya posibilidad, sino realidad. Pero ¿ocurre de verdad la resurrección?

³ Ciertamente, el budismo ofrece una “salida” a este ciclo constante de reencarnaciones (*samsara*) que es el *nirvana*, un estado de liberación total, de pleno desapego, que rompe el ciclo de reencarnación. Es aquí donde notamos las diferencias con, por ejemplo, el cristianismo: bajo mi punto de vista, la liberación espiritual y material que ofrece el budismo supone un estado abstracto, que no se puede comparar, ni posiblemente puede competir, con lo que yo he identificado en estas líneas con “la capacidad pragmática” de religiones como el cristianismo, que ofrece una cosa tan concreta y material como la resurrección y el reencuentro con las personas queridas. Sobre la figura de Buda y el budismo, vid. Armstrong (2004).

⁴ Como sabemos, una de las mayores polémicas teológicas que se han producido en el seno de la iglesia cristiana, y posteriormente, en el catolicismo, ha sido la de qué resucita, exactamente, en la resurrección. La cuestión es importante, puesto que podríamos resucitar en formas corporales que no fueran exactamente de nuestro agrado (imaginemos que resucitamos en nuestra corporeidad más decadente, y no en su mejor versión). Esta polémica se ha solucionado con la idea de que, en realidad, lo que resucita es nuestro cuerpo “glorificado”, transfigurado. Vid., por ejemplo, el catecismo de la Iglesia Católica: “(999) ¿Cómo [resucitamos]? Cristo resucitó con su propio cuerpo: “Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo” (Lc 24, 39); pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él “todos resucitarán con su propio cuerpo, del que ahora están revestidos” (Concilio de Letrán IV: DS 801), pero este cuerpo será “transfigurado en cuerpo de gloria” (Flp 3, 21), en “cuerpo espiritual” (1 Co 15, 44)”. El evangelio nos da una importante pista de lo que podría ser ese cuerpo glorificado cuando habla de la transfiguración del propio Jesucristo: “Y aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro y a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente” (Lucas, 9: 28-29).

He experimentado en mis propias carnes los efectos de esta condición pragmática, de esta adhesión inquebrantable a la religión cristiana por razones puramente ventajistas, y bajo mi punto de vista, perfectamente explicables. Mi madre perdió a sus padres cuando solamente era un bebé. Esa pérdida marcó completamente su vida, nada en ella se podía entender si no partíamos de la base del desastre que sufrió cuando tan solo contaba con unos pocos años de edad. Su padre murió en la II Guerra Mundial. Comandaba una escuadrilla de aviones alemanes como voluntario de la división azul. Fue ametrallado por cazas rusos en pleno despegue, y está enterrado en una fosa común en la ciudad de Orel, a unos 400 kilómetros de Moscú. Yo me llamo Antonio en su memoria. Por su parte, lo que le aconteció a la madre de mi madre no estoy autorizado a relatarlo: mis labios están sellados como consecuencia de una promesa familiar. Solamente puedo contar que murió tan solo un año después de la muerte del padre de mi madre, es decir, de mi abuelo.

Pues bien, de la misma manera en que la madre de Cercas solamente quería reencontrarse con su marido, mi madre solamente quería una cosa en la vida: que después de muerta, pudiera no ya reencontrarse, sino encontrarse, directamente, con sus padres, puesto que jamás los conoció, no tenía memoria de ellos. Vivió, al menos en parte, esperanzada toda su vida con ese mantra, el mantra de la resurrección. Y esta es la argucia de la que parte el libro de Cercas.

3

Un buen día Javier Cercas recibe una llamada. Esa llamada es del Vaticano. Le invitan a una reunión en Roma. Dubitativo, porque Cercas es como yo, es decir, ateo, o al menos, agnóstico, pero un ateo-agnóstico interesado por la religión y por la idea de Dios, decide aceptar. Va a la reunión. En la reunión se entrevista con Lorenzo Fazzini, el director de la LEV, la Librería Editora Vaticana. Fazzini le propone a Cercas que escriba un libro sobre el Papa, concretamente, sobre un viaje que Francisco hará próximamente a Mongolia. Tras pensárselo, más de dos veces, Cercas decide aceptar. La razón por la que acepta es clara: en el fondo lo que Cercas quiere es preguntarle al Papa si en realidad la resurrección existe, si es verdad aquello de que llegará un momento en el que todos resucitaremos y podremos juntarnos con nuestros seres queridos. Si será verdad que su madre volverá a ver a su padre. Si será verdad que la mía conocerá a sus padres. Nada más. Nada menos.

4

Tras una serie de idas y venidas, al final el viaje se produce, y Cercas va en la comitiva papal. Francisco, Cercas, y un importante séquito del Vaticano en Ulán Bator, la capital de Mongolia. ¿Han estado ustedes en Ulán Bator? Imagino que la respuesta es invariablemente negativa. Yo no conozco a nadie que haya viajado a Mongolia. Yo mismo, antes de leer el

libro de Cercas, sabía poquísimos de Mongolia. Miento: algo antes, en el viaje a la India que he mencionado más arriba, pude comprobar la importancia de los mongoles, comerciantes, conquistadores, guerreros, inventores, y un largo etcétera. Los mongoles invadieron la India en el siglo XVI, y se establecieron en la mayor parte del subcontinente indio hasta el siglo XIX, es decir, hasta que se establece el “Raj” británico, en 1858⁵. Su emperador más importante fue Akbar. Amartya Sen, el premio nobel de economía indio, le dedica una buena parte de su libro “The argumentative Indian” (2006) a Akbar, un emperador conciliador e inteligente, que permitió la convivencia de otros cultos junto con el que profesaban los mongoles, el Islam. De hecho Akbar creó una religión propia, el Din-I Llai, que consistía en una suerte de sincretismo entre distintas religiones y abogaba por la comprensión y el respeto mutuo entre cultos. A pesar del enorme poder de Akbar, la religión no tuvo éxito, y se acabó abandonando, lo cual da muestra, precisamente, de que generar una religión de la nada y tener seguidores (más si cabe si el número de seguidores es tan amplio como ocurre con el cristianismo, o con el propio Islam) es una operación mucho más compleja de lo que se pudiera pensar a primera vista. Muchas religiones han muerto incluso antes de nacer, como la inventada por Akbar⁶.

Más allá de ello, y del hecho de que he tenido recientemente un alumno Mongol (de la zona de la llamada “inner Mongolia”, de la Mongolia interior, que es una región autónoma perteneciente a China), mi desconocimiento de este país era prácticamente absoluto, como digo. El relato de Cercas en Ulán Bator se asemeja a un relato de ciencia ficción. Más que en Mongolia, parece que todo ocurre como si se tratara de la visita a otro planeta. Para empezar, las temperaturas en Ulán Bator, y en una buena parte de Mongolia, en invierno,

⁵ Vid. “India after Gandhi” (Guha, 2023). Aunque el libro se centra, como su propio título indica, en la India de después de Gandhi, las referencias que el mismo hace a la historia de la fundación de la India constituyen un buen punto de partida para conocer la compleja genealogía de este país.

⁶ No me refiero a aquellas religiones que han tenido éxito, y posteriormente han caído en declive. Este es el análisis de Armstrong (2000). Me refiero, más bien, a aquellas religiones que no han tenido éxito en absoluto, o escaso éxito, desde el principio, como es el caso del Din-I La. Mi hipótesis de partida es que, a diferencia de lo que sugiere Armstrong, cuanto más radicales sean las religiones, más creíbles son, y por tanto, más seguidores tendrán. Por “radicales” me refiero al extremismo en su oferta pragmática (como por ejemplo pueda ser la resurrección) pero también al código ético que propugnan, en el sentido de que ese código ético debe apartarse lo más posible del paradigma ético aceptado comúnmente por la sociedad. El mecanismo que explicaría esta posición sería el siguiente: si una determinada religión se asemejara mucho a ese paradigma ético medio que la sociedad ya acepta, ¿entonces por qué hacerse miembro de ese culto religioso, cuando podemos, simplemente, actuar como ciudadanos medios que se adscriben al código ético aceptado mayoritariamente por la sociedad? Las personas, desde esta perspectiva, se adscribirían a un determinado culto religioso porque buscarían algo más, algo diferente, y no estarían conformes con el paradigma ético que comúnmente acepta la sociedad. Las religiones, para triunfar, deben ser radicales en este sentido, porque de lo contrario no se diferenciarían del paradigma ético aceptado comúnmente, y carecerían de interés y atractivo. Al revés, el objetivo de las religiones debería ser el de subvertir y transformar el paradigma ético dominante (además de hacer una oferta pragmática mucho más atractiva que la oferta de la sociedad civil). Esto abre un interesante debate sobre la apertura de la Iglesia Católica (por ejemplo, tras el Concilio Vaticano II, o con el propio Papa Francisco) y su propia crisis. Mi posición, por lo que antecede, es que la Iglesia Católica, dentro de ciertos márgenes, debería ser conservadora (radical, digo en estas líneas) para triunfar, y que la asimilación de ciertos aspectos del paradigma ético dominante es un error estratégico profundo. En lo que sí que parece, sin embargo, que la Iglesia Católica no ha matizado, es en su oferta pragmática, y quizá parte de las razones de su supervivencia esté en que ha mantenido la misma de manera invariable, a lo largo de su historia.

pueden llegar a oscilar entre los -16 y los -30 grados centígrados. Todas las entrevistas que tiene Cercas con misioneros católicos que están actualmente establecidos en Mongolia destacan la dureza del tiempo, que va destrozando lentamente los órganos alojados en el interior del cuerpo humano cuando se está expuesto a las mismas durante muchos años. Dos, el sistema político. En principio Mongolia es actualmente una democracia liberal. Pero el recuerdo de la invasión china del país, y de la represión consiguiente, está todavía muy viva en la memoria de los mongoles, que rehúsan hablar de política, son introvertidos, y prefieren no pronunciarse sobre cuestiones religiosas. La corrupción no es, tampoco, un problema menor en este país, como muchos de los entrevistados por Cercas señalan⁷.

Hay que recordar que el catolicismo, el cristianismo en general, es muy minoritario en Mongolia. Actualmente hay unos 1500 católicos en Mongolia, y el número total de cristianos no es mucho mayor: se estima que éste es de unos 75000 fieles. Estos datos necesitan algo de perspectiva, puesto que, como sabemos, la población de Mongolia no llega a los 3.5 millones de personas.

5

Cercas se entrevista en su viaje a Mongolia, a Ulán Bator, con representantes de la iglesia católica en el país. Se trata más bien de representantes “grassroots”: misioneros, curas, monjas, voluntarios. Impresiona en particular la figura del padre Ernesto, uno de los misioneros, junto con el Cardenal Marengo, que ha consagrado -por el momento- más de 20 años de su vida a este lejano país. Nacido en la bellísima ciudad italiana de Bérgamo, desde muy niño sintió su vocación de misionero. Fue educado en las mejores escuelas católicas, entre las que destaca el *Missionary Institute of London*, en el que pasó cuatro años estudiando inglés, teología y filosofía, y recibió “una educación depurada de evangelizador”. Tengo que reconocer, desde mi atalaya agnóstica, que la sensación de humanidad y humildad que proyectan todas, o muchas, de las personas entrevistadas por Cercas, conmueve el alma. Bien es cierto que las entrevistas están aderezadas por la eficaz pluma de nuestro cronista, pero es imposible que sea todo novelado. También es posible pensar que en ellas se ofrece una visión quizá excesivamente edulcorada del oficio de misionero: es, también, imposible, que todas estas personas no experimenten momentos de desesperación, y que no caigan en tentaciones mundanas, allí, en Mongolia, un país que padece un importante problema de salud pública con el alcohol (vid. Tumur-Ochir et al., 2023). Pero, por otro lado, también es cierto que quizá lo sorprendente sea lo contrario: es

⁷ El Informe V-Dem sobre la democracia (2025) sitúa a Mongolia en 2024 en la categoría de “autocracias electorales”. El Informe define a las autocracias electorales como sistemas en los que “existen elecciones multipartidistas para el ejecutivo; niveles insuficientes de requisitos fundamentales como libertad de expresión y asociación y elecciones libres y justas”. Vid. el Informe aquí: https://www.v-dem.net/documents/62/V-Dem_Democracy_Report_2025_spanish_lowres.pdf

decir, además de la desesperación, además de las tentaciones, esas personas también son lo que dice el libro que son: locos de Dios en el fin del mundo, personas entregadas a una causa, la causa del Dios cristiano. Muy posiblemente ninguno de nosotros pasaríamos más de unos días de turismo en ese, por lo demás, bello y misterioso país; desde luego no consagraríamos nuestra vida a proclamar la palabra de Dios en un país que cuenta, cuando menos, con una naturaleza tan hostil. El libro transmite verdad, y nos hace pensar en la fuerza de las convicciones, en la fuerza de las creencias. Cercas introduce un cierto elemento de infantilización cuando les pregunta, a todos sus entrevistados, de manera invariable, si creen en la resurrección. Algunos dudan, algunos dicen que su fe no es perfecta. Pero todos ellos acaban diciendo que sí que creen en la resurrección: ¿cómo podría ser de otra manera?

6

La parte más importante del libro es la parte final, en la que Cercas desvela la conversación que tiene con el papa Francisco sobre la resurrección. ¿Volverá mi madre a ver a mi padre? Le pregunta Cercas a Bergoglio. Y la respuesta no solamente es afirmativa, sino que es poderosamente afirmativa, potentemente afirmativa, no deja lugar a ninguna duda: "Cercas, díglele a su madre que volverá a ver a su padre. Sin ningún género de dudas". Cercas le transmite esta convicción de Francisco a su madre, quien, unos pocos meses después, fallece. Pero fallece después de que su hijo le haya asegurado que el Papa no duda: cree en la resurrección de los cuerpos, cree en la inmortalidad de las almas, y así se lo hace saber de manera rotunda.

7

No puedo hacer en estas breves páginas, que están dedicadas, en lo esencial, a comentar la obra de Cercas, un desarrollo completo del porqué de la presencia de la idea de Dios en el hombre, incluso, como vemos en el libro de Cercas, de forma tan potente, tan fuerte, en algunas personas. Lo que les propongo a continuación es una hipótesis sobre la cuestión, que me parece que puede ser interesante para contextualizar más adecuadamente este *risorgimento* del que estamos siendo testigos en este momento, sobre todo en la laica Europa, sobre la idea de Dios. Sé perfectamente que sobre esta cuestión se ha escrito mucho, por lo que las páginas que figuran a continuación deben de tomarse con la misma humildad con la que han sido escritas. Están simplemente orientadas a intentar aclarar lo que a mí me parece que es un verdadero enigma, que es el de por qué los humanos nos hemos dedicado, y nos dedicamos en la actualidad, a pensar tanto y tan profusamente en la idea de la existencia de un ser superior, no humano por tanto. No solamente nos hemos dedicado a

pensar en ello, sino que, como muestra el relato de Cercas, algunos de nuestros congéneres han dedicado su vida entera a proclamar una palabra que solamente se asienta sobre la convicción de la propia existencia de Dios, cuando posiblemente habrían tenido vidas mucho más agradables, en lo material al menos, si hubieran sido diferentes. Nadie quiere comparar la bella Bérghamo con Ulán Bator, pero dicha comparación flota en el ambiente cuando leemos el libro de Cercas.

Expuesto de la manera más sencilla posible, bajo mi punto de vista, *la idea de Dios es un experimento mental que tiene como objetivo el de pensar de otra manera en el ser humano*. Hay varios elementos en esta estructura: primero, el hecho de que la idea de Dios es un experimento mental; es, si queremos decirlo de otra manera, una “máquina”, en el sentido experimental del término, a la que le dotamos de super-poderes. El segundo punto que creo que es importante destacar aquí es el de la distinción entre lo que denominamos “punto de vista externo y punto de vista interno”. La máquina de Dios, la idea de la existencia de Dios, nos permite arrojar una mirada externa sobre el ser humano, en ausencia de la cual sería imposible esa especie de disociación. El tercer punto que quiero destacar es el de por qué le damos super-poderes a esta estructura, a este experimento mental, a Dios. Sin embargo, como espero poder mostrar en lo que sigue, creo que esta es precisamente la clave del asunto: si le diéramos poderes simplemente humanos, por decirlo de alguna manera, el experimento fracasaría. Sería un fracaso del diseño del experimento mental, por decirlo de otro modo.

8

La idea de la existencia de Dios *es un experimento mental*. Lo primero que tenemos que explicar en relación con esta proposición de partida es qué es un experimento mental. Según Brown y Fehige (2023), los experimentos mentales son básicamente “herramientas de la imaginación”. Los mismos autores se niegan a dar una definición más técnica, más acabada, de lo que es un experimento mental, y creo que tienen razón. Los experimentos mentales se emplean de manera rutinaria en las ciencias duras, en particular en la física, pero también en las ciencias blandas, como la filosofía o la religión (no así en el derecho, a pesar de los intentos que hacemos algunos para modificar esta trayectoria, y emplear experimentos mentales también en esta disciplina⁸). Parten de una asunción imaginaria que nos permite ampliar nuestra capacidad para pensar, entender, y analizar, un determinado fenómeno, concepto, o regla. Normalmente, se asocia una pregunta, o un grupo de preguntas, a la asunción de partida.

⁸ Vid. Estella (2016).

La mejor manera, por tanto, de entender qué es un experimento mental es poniendo un ejemplo. Mi ejemplo favorito es el experimento mental de la “máquina de experiencias”, de Nozick. De acuerdo con Nozick:

“Supón que existiera una máquina de experiencias que pudiera darte cualquier experiencia que desearas. Super-neuropsicólogos podrían estimular tu cerebro de tal modo que pensaras y sintieras que estás escribiendo una gran novela, generando una nueva amistad o leyendo un libro interesante. Durante todo ese tiempo, estarías flotando en un tanque, con electrodos conectados a tu cerebro. ¿Deberías conectarte a esta máquina de por vida, programando de antemano las experiencias de tu vida?” (Nozick, 1974:42) (mi traducción).

Nozick pretende, con este experimento, mostrar que lo importante en la vida es vivir realmente determinadas situaciones, y no simplemente sentir la experiencia de lo que estamos viviendo. Y ello, incluso en el ámbito del hedonismo. Es decir, para Nozick, lo esperable es que la mayor parte de la gente respondiera de manera negativa a la pregunta que hace en su experimento mental. Para el autor, la mayor parte de la gente no querría simplemente tener la experiencia de leer un buen libro, o hacer un nuevo amigo, o tomar una copa de un vino excelente, sino que querría vivir esa experiencia de verdad, en la vida real.

No todos los experimentos mentales tienen que tener exactamente la misma estructura que la máquina de experiencias de Nozick, puesto que, si nos fijamos bien, su experimento mental es hasta cierto punto refutable. De hecho, en los experimentos de laboratorio que se han realizado hasta la fecha, hay un porcentaje importante de gente que sí que querría conectarse a la máquina, a diferencia de lo que Nozick pensaba (vid. Hindriks y Douven, 2018). Pero lo que me interesa aquí no es señalar si Nozick tuvo o no razón, sino que un experimento mental, para ser tal, no tiene por qué ser verificable empíricamente.

9

Ahora podemos pasar a formular nuestro experimento mental, que llamaremos, siguiendo la corriente generada por el propio Nozick, “la máquina de Dios”. El experimento mental adquiere la siguiente estructura:

Proposición 1: Imaginemos una máquina que tuviera poderes super-humanos. Por ejemplo, el super-poder de la resurrección.

Pregunta 1: ¿Te conectarías a ella si a cambio pudiera resucitarte? La conexión a la máquina no tiene marcha atrás: una vez conectado, no te puedes ya desconectar.

Lo que pretendo ilustrar con este planteamiento es lo siguiente. Primero, lo esperable sería que la gente respondiera de manera afirmativa a esta pregunta. La gente se conectaría a la máquina de Dios porque, entre otras cosas, obtendría un beneficio muy tangible, que sería la resurrección. Sin embargo, y en segundo lugar, tenemos que darnos cuenta -y esto es lo que me interesa realmente- de que la conexión a la máquina implica una determinada creencia, la creencia en que la máquina funcionará en realidad. Es esa creencia en las ventajas de la máquina lo que realmente nos llevaría a conectarnos a ella. Es decir, no nos conectaríamos a la máquina por la ventaja que nos proporciona su conexión, sino que nos conectaríamos a la máquina por la firme creencia en las ventajas que nos comportaría la conexión a la misma. Solamente contestaríamos de manera negativa a la pregunta como consecuencia de la condición que se establece: no te puedes conectar y salirte: tienes que estar conectado ya para siempre (vid. mis comentarios sobre este punto, más adelante).

Imaginemos ahora que el experimento mental adquiere las siguientes características.

Proposición 2: Imaginemos un máquina que tuviera super-poderes humanos. Por ejemplo, el poder de la resurrección

Pregunta 2: ¿Te conectarías a ella, para saber en qué consiste el poder de la resurrección? La conexión a la máquina no tiene marcha atrás: una vez conectado, no te puedes ya desconectar.

Contrastemos el anterior experimento mental con el siguiente:

Proposición 3: Imaginemos un máquina que tuviera super-poderes humanos. Por ejemplo, el de la resurrección

Pregunta 3: ¿Te conectarías a ella para saber por qué los humanos no tienen ese poder? La conexión a la máquina no tiene marcha atrás: una vez conectado, no te puedes ya desconectar.

Mi asunción de partida es que la Pregunta 2 se contestaría de forma negativa, y la Pregunta 3 de forma afirmativa. Veamos los micro-mecanismos de cada caso.

10

Lo primero y más relevante es la condición que hemos planteado en forma de restricción. “Una vez conectado, no te puedes desconectar”. Es verdad que el catolicismo deja abierta la puerta a la resurrección incluso de los que no creen. A Cercas se lo dicen varias veces en su periplo a Mongolia: “No te preocupes Cercas, Dios es clemente, incluso con los que no creen. Tu también puedes resucitar”. Pero no es menos cierto que el canon católico parece que establece una primacía de los que creen en relación con los que no creen. Así, en el artículo 11. 994 del Catecismo de la Iglesia Católica se dice: “Pero hay más: Jesús liga la fe en la

resurrección a la fe en su propia persona: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. Jn 6, 54)". Ciertamente, con posterioridad, en el artículo 11.998 se dice: *¿Quién resucitará?* Todos los hombres que han muerto: "los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (Jn 5, 29; cf. Dn 12, 2)". Pero la conexión entre la fe en Cristo y "aquellos hombres que hayan hecho el bien" parece cantada. Por tanto, una presunción (iuris tantum) de haber hecho el mal es la falta de fe en Cristo. De ahí que la restricción que hemos impuesto no sea del todo irrazonable: una vez que estás conectado a la máquina, si quieres la resurrección, no te puedes ya volver a desconectar. No basta, pues, con conectarte una vez y luego salirte, para obtener el beneficio de la resurrección.

11

Lo segundo que quiero mostrar con este experimento mental es que la máquina, en sí misma, carece de interés para el ser humano. Solamente tiene interés en tanto en cuanto puede decirnos algo sobre nuestra propia condición de seres humanos. De ahí que postule que la respuesta a la segunda pregunta será negativa, y afirmativa la respuesta a la tercera pregunta. En realidad al ser humano le da igual cual es la operativa de la máquina, cuáles son sus tripas, cuáles son sus mecanismos. Lo que le importa es por qué la máquina puede hacer cosas como resucitar a las personas, mientras que a los seres humanos ese don, esa función, si hablamos en términos meramente mecanicistas, les está vedada. Es esa dimensión la que nos interesa de Dios. La dimensión *de lo que nosotros no podemos hacer*. La dimensión de nuestras limitaciones como personas. La estructura de la máquina de Dios, de la máquina de los superpoderes, nos sirve para recordarnos que como seres humanos que somos, no lo podemos todo: necesitamos de un ente supra-humano y super-humano para que podamos alcanzar una comprensión totalizadora de lo que somos como seres humanos, de lo que en realidad es nuestra esencia más profunda: nuestra capacidad limitada.

Si nos fijamos, nada en el mundo natural, y nada en el mundo humano, nos hace percibir con la misma acuidad lo que yo entiendo que es la esencia fundamental del ser humano, que es su capacidad limitada. Los animales no lo pueden todo. Todos los demás seres vivos que pueblan el planeta tienen incluso más limitaciones de las que tenemos nosotros. Con respecto a los fenómenos físicos, por definición carecen de vida, al menos en el sentido en el que entendemos el concepto de "vida" en relación con los seres vivos. En cualquier caso, no conozco ningún fenómeno de la física que no tenga sus propias limitaciones. Necesitamos una estructura como Dios, como la máquina de Dios, que sea superior a nosotros para poder entender nuestra inferioridad de condiciones: posiblemente todo lo demás esté incluso más limitado de lo que lo estamos nosotros; no nos valdría a estos efectos. Es, en este sentido, y

solamente en este sentido, en el que creo que necesitamos a Dios, o más bien, a la máquina de Dios: necesitamos un experimento dialéctico, una máquina que tenga todo aquello de lo que nosotros carecemos, para poder pensar mejor en nosotros mismos. Y nosotros somos, fundamentalmente, limitaciones, seres con capacidades limitadas. Esa es nuestra esencia. El artículo 1.208 del Catecismo de la Iglesia Católica revela bien esta idea de que, en realidad, la idea de Dios nos sirve para recordarnos nuestra capacidad limitada: “ante la presencia atrayente y misteriosa de Dios, el hombre descubre su pequeñez”. Es interesante el verbo que se emplea: “descubrir”. Es decir, el hombre necesita a Dios para descubrir que él mismo no lo es, que, a diferencia de Dios, es, no sé si pequeño, pero desde luego, limitado.

12

Lo anterior conecta directamente con la idea de punto de vista interno y externo. Como sabemos, esta cuestión ha recibido un intenso tratamiento por parte de muchas disciplinas: el derecho, la teología, la filosofía, han trabajado profusamente sobre ella. Pero posiblemente el tratamiento que se ha hecho de esta cuestión que más nos interesa, en relación con el tema que nos ocupa, sea el de Kant, en su *Crítica de la Razón Pura* (2005).

En efecto, para Kant, la diferencia entre punto de vista externo y punto de vista interno es fundamental para entender cómo opera el conocimiento. Simplificando mucho una cuestión que es compleja, el punto de vista interno se refiere a la manera en la que los fenómenos internos son experimentados y percibidos por el sujeto, mientras que el punto de vista externo se refiere a la forma en la que los objetos, y el mundo físico en general, es recibido por el sujeto. El conocimiento implica la intersección del punto de vista interno y externo. Como decía Kant, “los pensamientos sin contenido están vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas” (Kant, 2005:62). El punto de vista externo da contenido a nuestros pensamientos; mientras que el punto de vista interno da sentido a nuestras percepciones de los objetos de la naturaleza. Para el conocimiento, necesitamos ambos puntos de vista.

Dejemos que el punto de vista interno esté constituido, en nuestro experimento mental sobre la máquina de Dios, por la humanidad en su conjunto, por el hombre, mientras que el punto de vista externo está constituido por la máquina de Dios. La máquina de Dios es por tanto algo concreto, un objeto de la naturaleza. Ese objeto de la naturaleza es a su vez generado por el hombre, porque necesita entender algo, y ese algo es quien es, concretamente, el hombre. Para construir la máquina de Dios es cierto, imagino que como diría Kant, que el hombre tiene que tener previamente un concepto de la máquina que quiere crear. El mundo exterior nos da pistas sobre la forma que concretamente adoptaría esa máquina, cuales serían sus “tripas”, como funcionaría, etc. Pero lo que me interesa de esta metáfora del punto de vista interno y el punto de vista externo, es que pone de relevancia que el hombre no podría entenderse completamente sin ese punto de vista externo, sin esa máquina que sale de él y que, de nuevo, llega a él para intentar dar respuesta

a toda una serie de interrogantes que tiene en su fuero interno y a las que no es capaz de responder solamente desde su punto de vista puro y estrictamente interno.

El punto de vista interno y externo colapsan, pues: el interno genera la idea de Dios, la idea de la máquina de Dios; el externo es la propia construcción de la máquina, del experimento mental, que cuando ya está en funcionamiento, le intenta decir al hombre lo que el hombre quiere saber de sí mismo, lo que el hombre le pregunta. Es decir, la máquina de Dios *no es algo dado*: existe, porque se origina en el fuero interno del hombre. No hay una máquina de Dios fuera de la mente del hombre, esa máquina de Dios es el producto concreto del concepto de la máquina de Dios que tiene previamente el hombre, y que luego concretiza con la construcción de la propia máquina. El conflicto no resuelto sobre el origen de las cosas no se da en este caso: todo parte de la mente del hombre; posteriormente se crea la máquina; y la máquina, cuando empieza a funcionar, emite respuestas que vuelven al hombre.

13

Creo que los evangelios, y el Antiguo Testamento, son la prueba más acabada de lo que estoy intentando mostrar, en estas páginas, con el experimento mental de la máquina de Dios, de que en realidad Dios está meramente en función de los hombres. En la Biblia se habla poco de Dios, de su esencia. Ha sido la reconstrucción teológica posterior la que se ha ocupado con más profusión de la idea de Dios. Pero, como digo, los textos sagrados de los cristianos dan pocas pistas de lo que es, en realidad, Dios. Solamente sabemos que es todopoderoso, que crea el cielo y la tierra, y que es el padre del hombre y de la mujer. Como vemos, casi no disponemos de información sobre Dios, prácticamente la única característica que conocemos de él es la de su carácter todopoderoso: lo demás son ejemplos de esa condición. En un experimento mental que ha hecho fortuna, se nos pregunta si Dios, que es todopoderoso, podría crear una piedra que él mismo no pudiera levantar. El problema no tiene solución, puesto que si decimos que sí que la puede crear, entonces llegaremos a la conclusión de que hay algo que Dios no puede hacer, que es levantar la piedra, y si decimos que no la puede crear, entonces negaremos que tenga super-poderes ilimitados. Las dos posibles respuestas nos llevan a concluir que incluso hasta Dios tiene sus limitaciones. Es decir: el experimento mental de la piedra humaniza a Dios, en tanto en cuanto le hace un ser limitado, como los hombres⁹. La limitación, de nuevo, como esencia fundamental de la razón por la que creamos la máquina de Dios. No sabemos, por tanto, quién es Dios, ni realmente nos preocupa demasiado su capacidad y las limitaciones que las propias capacidades divinas entrañan. Lo que nos importa de Dios es precisamente todo aquello que puede hacer o decir en relación con los hombres. La biblia es completamente críptica en relación con la

⁹ Contrástese con Wade (1967).

figura de Dios, en realidad, hace de la misma uno de los “misterios” de la fe. Así, se dice en Éxodo 3, 13-15:

“Moisés dijo a Dios: “bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: el Dios de nuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé? Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderás a los israelitas. Yo soy, me ha enviado a vosotros. Y continuó. Dirás así a los israelitas: el señor, Dios, de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, éste es mi recuerdo por todos los siglos”

14

El libro de Javier Cercas merece ser leído. Abre la puerta a una reflexión sobre Dios que conecta con la corriente freática que está moviendo por debajo a los tiempos que nos está tocando vivir. El libro está bien escrito, la historia que relata está bien contada, y la argucia que está en el epicentro de esta obra, nos permite entender mejor por qué algunas religiones tienen éxito mientras que otras no: por su capacidad pragmática, por su conexión con lo que es realmente el problema que plantea Dios, que no es otro que es el de quien es el hombre, cuál es su verdadera naturaleza, cómo se despliega la misma a través del conocimiento, y qué es lo que Dios le dice al hombre de sí mismo. Dios empieza y termina en el hombre. El experimento mental de la máquina de Dios ilustra bien, creo, la idea de que sin el hombre, la existencia de la idea de Dios sería imposible.

15. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Armstrong, K. (2000). *The battle for God: a history of fundamentalism*. Knopf Doubleday Publishing Group
- Armstrong, K. (2004) *Buddha: His Life and Thought*. Penguin.
- Bolloré, M.-Y. & Bonnassies, O. (2021) *Dios, la ciencia, las pruebas: el albor de una revolución*. Madrid: HarperCollins Ibérica.
- Brown, J. and Fehige, Y. (2023): “Thought Experiments”. The Stanford Encyclopedia of Philosophy. Winter 2023 edition.
- Cercas, J. (2025) *El loco de Dios en el fin del mundo*. Penguin Random House.
- Estella, A. (2016) “Rationality and Counterfactual Legal Analysis”, *The Italian Law Journal*, 2(1), pp. 105–124.
- Guha, R. (2023). *India after Gandhi: The history of the world's largest democracy*. Londres: Picador.
- Habermas, J. (2020) *Una historia de la filosofía*. Madrid: Trotta.
- Han, B.-C. (2025) *Sobre Dios: pensar con Simone Weil*. Barcelona: Paidós.

- Kant, I. (2005): *Crítica de la Razón Pura*. Taurus. Pensamiento.
- Meyer, S. C. (2021) *The Return of the God Hypothesis: Three Scientific Discoveries That Reveal the Mind Behind the Universe*. New York: HarperOne.
- Nozick, R. (1974) *Anarchy, State, and Utopia*. New York: Basic Books.
- Sen, A. (2006). *The argumentative Indian: writings on Indian history, culture and identity*. Penguin.
- Tumur-Ochir, G.; Perenleisambuu, E.; Vanchindorj, B.; Lkhagvasuren, N.; Oka, T; and Lkhagvasuren, B. (2023): “Prevalence of alcohol dependence in Mongolia: a nationwide population-based, cross-sectional study”. *Neuroscience Research Notes*. Volume 6. Issue 2.
- Wade, C. (1967) “The Paradox of the Stone” *The Philosophical Review*, Jan. 1967, Vol. 76, No. 1.